

MARÍA EN EL ROSARIO

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
ACADÉMICO NUMERARIO

El pasado 16 de octubre se clausuraba el “Año del Rosario” que S.S. Juan Pablo II proclamara en la misma fecha de 2.002, en su Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, cuya breve lectura -es un opúsculo de, apenas, sesenta páginas- revela de forma clara y sencilla, su hondo contenido teológico y la oportunidad de su intención -paz y familia- en unos tiempos especialmente adversos a los dos conceptos precitados. Sí quiero, de su mano, en esta sesión académica mariana por excelencia, resaltar el principalísimo papel que la Virgen Maria ocupa en el Santo Rosario.

Decía el cardenal Von Balthasar que en él “se entrelaza la oración mariana con todo lo histórico-salvífico: la actuación de los misterios de Jesús (...) en los que envuelve también a Maria como prototipo de Iglesia”¹. Efectivamente, esta oración de marcado carácter místico, como afirma Juan Pablo II, “en la sobriedad de sus partes concentra en sí la profundidad del mensaje evangélico”². Y Maria, que sólo vive dedicada a Cristo, enlaza los recuerdos de la vida de su Hijo -”guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón”, dice Lucas-³ constituyendo así el particular “rosario” de su vida terrenal.

En su Carta Apostólica, el Papa desgrana facetas entrañables para estimularnos a recordar a Cristo con Maria⁴; a comprenderle, a configurarnos con Él y a anunciarle con Maria; en suma, a contemplar el rostro de Jesús con Maria, dirigiéndole la misma mirada *interrogadora*, como en el extravío del Templo; o la *penetrante* de Caná; o la *dolorida* a los pies de la Cruz; o la *radiante* de la mañana de Pascua o la *ardorosa* del día de Pentecostés.

El Santo Rosario es, sin duda, la oración mariana por excelencia, como lo prueban las cincuenta *avemarias* que constituyen la urdimbre de su rezo. Y considerando esta plegaria, podemos ver, fácilmente, como destaca su auténtico y pristino perfil cristológico: la primera parte de la oración, repite las palabras del arcángel a Maria y la salutación emocionada que le dispensa su prima Isabel, bendiciendo al Hijo que lleva en sus entrañas; el nombre de Jesús sirve de nexo de unión con la segunda parte, en la que, una vez ratificada como Madre de Dios, como *Theotókos*, nos dirigimos a Ella confiando en su maternal intercesión nuestra vida y nuestra muerte. A este respecto, afirma Pablo VI:

¹ Ratzinger J. y Von Balthasar, H.U.: *Maria, Iglesia naciente*, 4ª ed. Edit Encuentro, Madrid, 1.999, pp 92-93.

² Juan Pablo II: Cart Ap. *Rosarium Virginis Mariae*, Vaticano, 16 de octubre de 2002.

³ Lc 2, 19.

⁴ Juan Pablo II, *op. cit* pp 17-24.

“La repetición del *Ave Maria* constituye el tejido, sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios; el *Jesús* que toda *Ave Maria* recuerda, es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone, una y otra vez, como hijos de Dios y de la Virgen”⁵.

En los *misterios gozosos* Maria está omnipresente desde la Anunciación de Gabriel. Su aceptación a ser Madre de Dios, comienzo, en fin, de la historia de nuestra salvación, la expresa con enorme gozo en el *Magnificat* que entona a su visita a Isabel; se sublima en el portal de Belén; queda ratificada en la Presentación en el Templo, cuando las palabras de Simeón unen en un solo vaticinio al Hijo, “signo de contradicción” y a la Madre “a la que una espada le atravesará el alma”⁶, orientando sus palabras, ya, hacia el acontecimiento salvífico de la Cruz y late implícita, en su dedicación al crecimiento humano de Jesús en la casa de Nazaret, hasta la contemplación del Hijo entre los Doctores de la Ley.

En los *misterios de luz*, referidos a la vida pública de Cristo, introducidos por el Papa en el anuncio del “Año del Rosario”, la presencia de Maria, excepto en Caná, queda presente sólo en el trasfondo. Si bien es verdad que los Evangelios la citan dos veces en sendos momentos de la predicación de Jesús⁷, no aparece ni en el Bautismo en el Jordán, ni en la Transfiguración en el monte Tabor, ni en el momento de la institución de la Eucaristía. Pero, dice el Papa, “de algún modo, el cometido que desempeña en Caná, acompaña toda la misión de Cristo: “Haced lo que Él os diga”. Es una exhortación que introduce muy bien las palabras y signos de Cristo durante toda su vida pública, siendo como el telón de fondo mariano de todos los misterios de luz”⁸.

Los *misterios dolorosos*, síntesis del *Via Crucis*, son, en efecto, “el culmen de la revelación del amor y la fuente de nuestra salvación”⁹, como afirma el Papa. Desde Getsemaní hasta el Gólgota, Maria se intuye cercana al sufrimiento del Hijo en su flagelación, coronación de espinas y subida al Calvario, para hacerse presente al pie de la Cruz en el momento del deicidio.

El gozo de Maria se torna exultante en la mañana de Pascua porque Cristo ha resucitado, descubriendo a todos, de nuevo, las razones de la propia fe¹⁰ y reviviendo la alegría de los que han podido verlo antes de su Ascensión al Cielo; y al quincuagésimo día de su Resurrección, Pentecostés significará la constitución y presentación de la Iglesia ante el mundo, como una familia reunida en torno a Maria y el compromiso apostólico de revelar a todas las naciones de la tierra, la misión salvadora de Cristo-Jesús.

Y en este itinerario de gloria, la Asunción de la Virgen, representa un acorde de glorificación más, que se añade a todos los misterios del Santo Rosario y, especialmente, la culminación de los misterios gloriosos de Cristo, resucitado y ascendido a los cielos, que le ofrece el sublime don de ser asunta a esa gloria que le corresponde por ser Madre de Dios.

Maria es coronada por la Trinidad Santísima por ser Hija de Dios Padre, como ella misma proclama en el *Magnificat*; por ser Madre de Dios Hijo, único capítulo de su biografía terrena; por ser Esposa del Espíritu Santo, que fecundó su virginidad, pro-

⁵ Pablo VI: Exhort. Ap. *Marialis cultus*, 2, febrero, 1.974, p. 46.

⁶ Lc 2, 34-35.

⁷ Lc 2, 34-35.

⁸ Juan Pablo II, *op. cit.*, p.32.

⁹ Juan Pablo II, *ibidem*.

¹⁰ Cf.; Cor 15, 14.

duciendo en su seno “el primer sagrario del mundo”¹¹, sublimándola en Pentecostés. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la coronan como Reina del Universo y le rinden vasallaje los ángeles y los profetas, los apóstoles, los mártires y los confesores y todos los santos.

Y así, con el trasfondo de las *avemarías*, pasan ante los ojos del alma los principales episodios de la vida de Cristo, en los que su Madre, explícita o implícitamente, siempre aparecerá a su lado.

Maria Santísima, que en su “sí” a Gabriel aceptaba humildemente su personal destino, siguiendo hasta el fin, la iniciativa salvífica de Dios.

Maria, que en Belén acunó al Niño Dios y luego, en Nazaret, ejemplo de madre solícita y amorosa, vio crecer a Jesús al que siempre acompañó en silencio, a lo largo de su vida oculta.

Maria, intercesora en Caná, donde obtuvo un efecto de gracia con la primera manifestación mesiánica de su Hijo.

Maria, la que, a lo largo de los años, fue aprendiendo la realidad misteriosa de un Dios hecho hombre, acompañándole en su duro recorrido de dolor y martirio.

Maria, que al pie de la Cruz, se convierte en la Madre de la humanidad, en la entrega que el mismo Cristo hace de Ella al discípulo amado.

Maria, Madre de una Iglesia, concebida en el Gólgota y ratificada en Pentecostés.

Maria, la única criatura que obtuvo el privilegio de ser Concepción Inmaculada y de reunir en sus sienes la doble corona de Madre y de Virgen.

Maria, en fin, a la que Dante canta así en su *Divina Comedia*: “Mujer, eres tú tan grande y tanto vales, que quién desea una gracia y no recurre a ti, quiere que su deseo vuele sin alas”¹².

¹¹ Huelin Vallejo, E.: *Abiertos a un nuevo milenio. Busquemos la fe*, Edit. Obra Social y Cultural Cajasur, Córdoba, 2.002, p. 160.

¹² Dante: *Divina Comedia*, Par XXIII, 13-15.